

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

PROBLEMAS PARA TODOS.

Graves y perentorias dificultades políticas presenta el porvenir, en cualquier nación de Europa no menos que en España, para todas las clases, opiniones y partidos. De cada día se oscurece más el horizonte, y aparece más lejano el término de sus respectivas esperanzas; de cada día surgen mayores obstáculos, por no decir imposibilidades, para restaurar lo pasado, para consolidar lo presente, para echar los cimientos de lo futuro. No hay hombre apenas de sana razón, por mucho que tenga de apasionado, que los desconozca y oculte á sí mismo; pero disimulándolos como puede, distrae la atención y se consuela con señalar la confusión y los tropiezos de los que andan por distinta senda, y mostrando las desventajas y absurdos del sistema ajeno, se hace la ilusión de haber probado las excelencias y la realización inmediata del propio.

Y esta oscuridad profunda no pesa tan solo sobre el resultado de acontecimientos que no están en nuestra mano, sino sobre la conducta que conviene seguir para prepararlos y traerlos; versa acerca de cuestiones notoriamente prácticas, y no acerca de eventuales contingencias é imprevistos desenlaces. Problemas son estos, como todos los que han agitado á la humanidad en su larga historia, cuya solución se encomienda á la diligencia y tino de la generación que afectan, más que á la ciega fatalidad de los hechos, y por lo común mas

que á una sobrenatural intervención de la Providencia, la que si del mal deriva el bien, suele dejar libre el curso al albedrío humano y distribuir á los pueblos la suerte de que se hacen dignos. Si los sucesos pues han de ser el fruto de nuestras obras, no se trata de aguardarlos sino de ir á su encuentro; y tanto más nos interesa á todos rasgar la niebla que nos encubre el punto á que tendemos y hasta el camino que pisamos, dándonos exacta cuenta de la situación general, para procurar, no lo abstractamente mejor según nuestras ideas y deseos, sino dentro de lo bueno lo más hacedero, sin cuyo requisito no es más que un nombre la bondad.

Verdaderamente que en el orden político nada apenas de hacedero se descubre, y que al paso que caducan heridas de muerte al parecer las antiguas instituciones, nacen también heridas de muerte las nuevas sin vitalidad para reemplazarlas. No hay forma de gobierno que no semeje haberse hecho impracticable. La república, así la federal como la unitaria, queda absorbida hasta en su posibilidad por el comunismo; ayer se la consideraba aun como una fase transitoria, como un interregno; en adelante habrá de confundirse con la anarquía, con la disolución social. Las masas, que se declaran siempre por lo más avanzado, se van con la Internacional, para quien tan autoritario es el régimen de un presidente como el de un autócrata, y que á uno y á otro ha jurado comun estérminio.

Bien pronto la república no tendrá mas soldados que los que aspiran á ser sus gefes; los oradores carecerán de auditorio á quien dirigirse, los delegados de comitentes á quien representar; porque cada cual querrá ser gefe y orador y representante de sí mismo. ¿Cómo hacer aceptable una libertad que ya se rechaza cual servidumbre? cómo alegar títulos á la gratitud que ya se acusan de explotaciones? cómo asentar el *non plus ultra* á esas corrientes democráticas que indefinidamente se dilatan y se empujan y se irritan contra todo dique? Este, este es el problema para los que ambicionando el poder ó presumiendo de ascendiente, de talento ó de cualquier género de superioridad, no escapan por lo mismo de ser denunciados á la envidiosa plebe como *gburueses* execrables. No es dable gobierno republicano desde luego que á la revolucion se le abre un mas allá, y en este mas allá no cabe gobierno alguno.

Problema es, y bien palpitante, para esa mínima cantidad ó escrúpulo de monarquía ensayada por primera vez en nuestro suelo con el correctivo de *democrática*, regular el turno del poder entre los partidos legales tan pacífico como vemos, asegurarse á prueba de mudanzas la adhesion á la vez de ministeriales y opositores tan desinteresada y firme como observamos, dar comienzo á una dinastía sin título alguno hereditario, sin precedentes, sin simpatías, sin el menor vínculo con el pais, sin conquista ni invasion ni pronunciamiento siquiera, sin mas derecho ni mas fuerza que una mayoría de diez y ocho votos. Semejante empresa, árdua como seria para el mayor genio y el mayor carácter, y destituida de ejemplar en la historia aun en estos turbados tiempos, no constituye principio ni forma escuela por decirlo así; es una tentativa aislada, cuyo éxito probablemente poco ha de brindar á reproducirla en otras naciones.

Pero tambien permanece en pié el problema para la monarquía propiamente constitucional ó parlamentaria, tal como la han concebido los mas insignes publicistas, tal como funciona en los pueblos mas ilustrados, fórmula su-

prema de la civilizacion del siglo de que ya empieza este á dudar y que mañana declarará caduca. A nombre de una perfeccion ideal la impelen unos ácia adelante, á nombre de la experiencia y del desengaño la tiran otros ácia atrás, y fluctuando entre estas contrarias fuerzas su existencia se reduce á estériles equilibrios. En sus teorías cada dia se demuestran mayores absurdos, en su práctica mas inconvenientes y peligros; la base de la soberanía aparece de esencia revolucionaria, los medios por su índole corruptores, la representacion electoral viciada, el barómetro de la opinion falseado, la lucha de partidos funesta, la omnipotencia de las mayorías monstruosa y tiránica, la responsabilidad de los consejeros ilusoria, y la irresponsabilidad del soberano no respetada siquiera á costa de la impotencia y del anulamiento. Carlos X, Luis Felipe, Napoleon III, Isabel II, deponen acerca de la inviolabilidad de sus tronos y de las garantías que por este sistema pueden esperar sus sucesores. Tal vez se confie remediarlo todo con reforzar, guardadas las formas, la autoridad real, y darle mas eficaz iniciativa; pero si ha de ser para que otorgue la plenitud de su confianza á un Beust ó á un Bismark, que tienen mas de antiguos privados que de ministros constitucionales, ó para que contra la mayoría de las cámaras sostenga un gabinete anti-católico como en Baviera, ó haga retirar como en Bélgica uno católico apoyado por igual mayoría, poca ventaja podrán de ello prometerse el orden, la justicia y la libertad de la Iglesia. Las perturbaciones y los males se ha visto que así proceden á veces de la corona como á veces del parlamento: y de ahí anda tan amenudo en los labios el *cesarismo*, palabra antes desconocida ó almenos olvidada, cuya accion despótica no templada por el espíritu religioso es mas formidable que el ímpetu de la revolucion.

Queda como objeto constante de esperanzas ó refugio de escarmientos la monarquía pura, hereditaria, legítima, fundada en derecho y no en voluntades, gobernada por el rey mismo bajo su responsabilidad aunque no sediciosamente exigida, sin escluir una verdadera

representación nacional en la forma y medida que exijan las necesidades y hábitos de los pueblos; por esto su calificativo tan inexacto como duro de *absoluta* ha sido reemplazado con el de *tradicional*. Mas para volver á ella, para resucitarla, difíciles problemas asimismo se interponen. Su excelencia, mas bien que en leyes escritas y atribuciones reglamentadas, consistía en lo inmemorial de su origen, en su autoridad no discutida, en su conformidad y armonía con la época y con el país cuyas vicisitudes seguía y á cuyos cambios insensiblemente se adaptaba; su concepto de tradicionalismo no puede separarse del de la sociedad que ha de regir; ¿y son tradicionales por ventura las ideas, los sentimientos, las costumbres, el espíritu de la nuestra? Cítanse períodos gloriosos, nombres ilustres de monarcas; pero ¿hay quien acepte por tipo de lo que desea restaurar reinado alguno de cien años á esta parte? Ora signifique esto que las dinastías lo mismo que las otras razas degeneran, ora que los grandes caracteres y personalidades se eclipsen y pierdan su ascendiente ante el individualismo y descreimiento y neutralizadoras influencias del siglo, ¿no resulta de todas maneras, por defecto de hombres ó por la fuerza de las circunstancias, que las grandezas de los tiempos lejanos en los últimos habian venido ya á mucha mengua, y en los nuestros son poco menos que irrealizables? Dado que revivan en los príncipes legítimos las altas prendas de algunos de sus abuelos, ó mas altas aun cual lo requieren las presentes dificultades, ¿hallarán acaso igual sumisión en los ánimos, igual lealtad en el ejército, igual concordia y unanimidad en la nación? Vive, sí, el sentimiento monárquico, pero debilitado á la vez por largos cismas y por la levadura revolucionaria que dó quier fermenta; y de sus actuales manifestaciones á los extremos que inspiró á nuestros mismos padres vá tanta diferencia, como de la entusiasta y universal adhesión de los verdaderos católicos á Pío IX, comparada con los vacilantes y tibios homenajes que se prestaban en el siglo XIV á los papas de Roma ó de Aviñón bajo condiciones y reservas muchas

veces á merced de la perturbación general.

No trato de predicar escepticismo y de sembrar desaliento, ni siquiera en las cuestiones políticas que roban harto amenudo á las religiosas y sociales el interés y el vigor que con mas provecho estas reclaman, involucrándose con ellas y mezclándolas en sus luchas. Indicar problemas no es rechazar soluciones; hacerse cargo de las dificultades es el primer paso para superarlas. Y que existen las que acabo de esponer lo reconocerá cualquiera, y si en las referentes á su sistema predilecto me crea tal vez exagerado, respecto de las de sistemas opuestos le habré aun parecido flojo. Basta que los partidos aprendan á presentar menos cumplidos sus programas, á rebajar un poco de sus jactanciosas pretensiones, y á no poner ó no afectar tan absoluta confianza en sus axiomas y teorías; tal vez así logren entenderse los que, disputando sobre la forma del edificio, convengan en cimentarlo sobre el principio religioso, base de toda sociedad y de todo gobierno. A todos aguarda por la carrera del exclusivismo larga serie de escarmientos y decepciones; dentro de uno, de cinco, de diez años, si no se llega á un acuerdo, la oscuridad y la confusión serán las mismas que al presente. Claro está que en medio de tantas imposibilidades algo ha de hacerse posible; y lo único posible será... la indefinida prolongación de la incertidumbre que nos paraliza y de la ansiedad que nos devora.

J. M. Q.



LAS VIRTUDES TEOLÓGICAS SOCIALMENTE CONSIDERADAS.

III.

SIN CARIDAD NO HAY SOCIEDAD.

Para llenarse el hombre de pavor basta que dirija una mirada reflexiva sobre la sociedad de nuestros días, agitada como está en medio de su opulencia, á la manera que un enfermo de gravedad se revuelve en un suntuoso lecho. Estudiando ese mal, dijo hace ya algunos años un orador ilustre: «Un sordo gemido, una queja unánime anuncian el resfriamiento de los corazones.» Ora se escuche la voz del hombre político, ora la del que está llamado á

las funciones del foro, ora la del profesor que trasmite á la juventud sus conceptos, no se oye mas que la palabra *egoismo*, palabra funesta que significa exclusivismo, separacion, aislamiento. El filósofo defiende que su sistema y no otro es la verdad; el rico cree encontrar su felicidad en los placeres, rindiendo culto al becerro de oro ídolo del presente siglo; y el político no se cansa de repetir que fuera de su pensamiento y su voluntad es imposible encontrar el bienestar material. Y rechazándose mutuamente unos á otros, se encierran en su respectivo círculo, y mientras están fraguando allí mismo su recíproca destruccion, la sociedad padece y se desconcierta. Si alguna vez se acercan para unirse, no tardan en declararse la guerra para separarse y aborrecerse. El mismo interés que fué el móvil de la union, produce luego la lucha cruel y sangrienta que los mantiene divididos.

El origen de tan horrible enfermedad está en la filosofía antireligiosa del último siglo, que ha infiltrado su veneno en todas las clases de la sociedad que combate la religion y hace al hombre centro y término de sí mismo, y que lo destruye todo fijando los bienes de aquel en la tierra, su felicidad en los goces materiales y su grandeza en la soberanía. Porque no habiendo acá en el mundo cosa alguna que no sea limitada, todo lo divide y separa el egoismo. Así abre la filosofía anticatólica un abismo, hacia el cual corre la sociedad en las convulsiones de su agonía. Pero como para toda enfermedad curable hay un remedio, como todo veneno tiene su antídoto, el único que puede oponerse al egoismo es la caridad, que enseña, engendra y estiende el catolicismo, única institucion que puede producir admirables frutos de union, paz, armonía y felicidad. La caridad es el amor puro que nace de Dios y en Dios termina, cuyo sentimiento une y confunde seres distintos, dándoles un centro y una vida comun. *Amaos mutuamente*; esta es la gran ley de la caridad.

Así como el hombre individualmente considerado para ser grande y feliz necesita vivir á imagen y semejanza del Sér por esencia, porque en tanto es hermosa y perfecta la copia en cuanto tiene mejor reproducidos en sí los rasgos del original, así tambien considerado en sociedad le es indispensable esta semejanza. Dios en su Trinidad es la sociedad esencial y eterna infinitamente desenvuelta en sí misma, sociedad modelo de las sociedades humanas, sin el cual no podrán llegar jamás á la perfeccion ni al término de la felicidad. El constitutivo fundamental de esta sociedad inefable es la unidad, la union perfecta de las tres divinas personas; unidad y union

que forma de ellas un solo sér, un solo Dios en su naturaleza. El lazo que las estrecha formando como su ley, es el amor. He aquí la sociedad del infinito, tipo de toda sociedad finita, y cuya inefable union y armonía solo comprende el mismo Dios. Queriendo el Verbo encarnado aproximar al hombre este modelo, presenta al mundo su propia union con el eterno Padre, como sociedad que las criaturas han de admirar é imitar. Bajando despues en la gradacion del modelo y unido á los hombres, forma de ellos y de Dios una sociedad perfecta por medio de la Iglesia, la funda sobre la caridad, y da reglas al género humano para que cimentada sobre ella la sociedad terrena sea una imagen de la sociedad esencial. Cuando se une á ellos y les esplica el lazo de su union, les dice: *Yo soy la vid, vosotros los sarmientos*; una misma sávia nos alimenta. Al tiempo de ir á sacrificarse por los hombres, esclama: *Padre santo, guarda en tu nombre á aquellos que me diste para que sean todos una misma cosa como tú en mí y yo en tí*. ¡Cuán sublimes y misteriosas son estas palabras! Ellas proclaman la necesidad de la union de voluntades para la existencia de la sociedad; ellas presentan el lazo de la sociedad verdadera; ellas espresan la necesidad de la accion divina, sin la cual aquella no puede subsistir.

La sociedad significa diversidad de seres racionales unidos, formando un solo sér como miembros de un mismo cuerpo para comunicarse sus bienes, remediar sus males, multiplicar sus fuerzas y elevarse á la grandeza. El interés, la pasion ó cualquiera otro móvil de union son pasajeros; pronto arrastran á los asociados en opuestas direcciones, destruyendo el todo que eran llamados á componer: mientras la caridad, el mas noble sentimiento del corazon humano, subsiste siempre, y llevando en sí el sacrificio, esto es, la donacion de sí propio al amado para satisfacer sus elevadas aspiraciones, jamás se resiste á la unidad social, unidad indispensable de ideas, de sentimientos y hasta de acciones, para que haya entre los hombres esa paz y armonía, fruto legítimo de la caridad, que solo se propaga y fructifica en la Iglesia católica.

Si en el catolicismo se encuentra esa unidad de principios y de ideas, es por la fé que se conserva intacta, apesar de los terribles ataques que le han dirigido los heresiarcas en los diez y nueve siglos que la Iglesia lleva de existencia. En los pueblos de Europa, en los bosques de América y en las pagodas de la India, en los desiertos del Asia y del Africa, en los confines de la Australia, profesa el último de los cristianos la misma fé acerca de Dios.

y del hombre, de Jesucristo y de su Iglesia, que enseña el pontífice de Roma, la misma que han consignado en sus escritos los santos padres, la misma que explica todos los días el sacerdote católico; y en todas partes inspira los mismos sentimientos esta fé, siendo la flor de la esperanza y la raíz de la caridad. Allí donde se halla establecido el catolicismo se administran los siete sacramentos instituidos por el Redentor de la humanidad; se tributa á Dios el mismo culto, se predica la misma doctrina, hay una misma gerarquía, rige el mismo precepto de la mútua caridad, y existe el sacrificio de sí mismo por los demás, uniformidad admirable que la Iglesia jamás ha variado ni las revoluciones han destruido. Por eso es grande, robusta é imperecedera esta sociedad religiosa, fuera de la cual todo es fugaz. Luego que los herejes se han separado de ella para formar un cuerpo aparte, se han fraccionado y dividido, armándose para luchar unos contra otros. Levanta Lutero el estandarte de la rebelion contra la Iglesia católica, y á los pocos años sus discípulos enarbolan otro contra él. Apenas pasan dos generaciones, cuando se cuentan ya muchas sectas protestantes; y á los tres siglos son mas de doscientas las fracciones que de ellos se conocen. Y las creencias del protestante inglés, difiriendo de las del francés, y las de este de las del alemán y suizo, nos presentan reproducida la confusion de lenguas en la torre de Babel. ¿Cómo es posible la union entre esos hombres? ¿Puede existir acaso entre ellos unidad de sentimientos? Solo se unen en el odio que profesan á la Iglesia católica, á la cual todos se empeñan en arruinar, y que no han destruido porque es invencible baluarte, contra el cual jamás prevalecerán las sombras del error ni las maquinaciones de sus enemigos. Tampoco es posible la duracion de esa sociedad herética: ha entrado en el período de su disolucion, síntoma infalible de su muerte; y abortando sectas filosóficas, cuando ya no puede producirlas religiosas, ha dado por fruto la indiferencia y una libertad absoluta, siendo su consecuencia necesaria el egoismo de la idea, el egoismo de la voluntad, el egoismo en todo, y por consiguiente la destruccion de la virtud de la caridad.

Hé aquí lo que en nombre de una libertad funesta han pedido para la España, nacion católica por excelencia, hombres que inutilmente se esfuerzan en probar que son los mas amantes de sus glorias y los mas entusiastas de sus grandezas. Aparte de las divisiones políticas que engendran odios, revoluciones y crímenes, quieren añadir aun otras divisiones mas radicales, otros gérmenes de disolucion y de

ruina, rompiendo el único lazo de union que nos quedaba, la única áncora de nuestra esperanza. Así se explican las discordias en las familias, los trastornos en los pueblos, la anarquía en los estados: porque sin unidad de ideas y de sentimientos religiosos no hay unidad de voluntades y de intereses, no hay caridad, no hay sociedad; porque hombres que se rechazan mutuamente no pueden amarse, no pueden unirse. El hombre nunca ama lo que se le opone, lo que mira como un obstáculo para la satisfaccion de su egoismo, que la religion católica reprueba al darnos una idea exacta de la humanidad. «Los hombres, dice, son la gran familia del Criador, y los cristianos la familia adoptada por los méritos del Redentor. Todos somos hijos de un mismo Padre y miembros de un mismo cuerpo, cuya cabeza es el vicario de Cristo en la tierra. El pueblo cristiano no es ya un pueblo, sino una sola alma, un solo corazon, una sola voluntad. Hacer la felicidad de todos para encontrar la felicidad individual, socorrer á los pobres para que devuelvan la bendicion y el amor, proteger á los inferiores, amar á los iguales y respetar á los superiores, porque todos somos hermanos, no habiendo ante Dios diferencia para el hombre unido á su semejante por el vínculo sagrado del amor:» ¡qué armonía en esas palabras que nos recuerda todos los días el catolicismo! La sociedad no es la reunion de los cuerpos, sino la union de los espíritus; union irrealizable sin el sacrificio del propio interés y de la propia voluntad, cuyo sacrificio deja de ser verdadero y durable cuando no es producido por la caridad.

SEBASTIAN VIVES, PRO.

CRÓNICA.

De Roma escriben á la *Unión Católica* de Turin: «Se hacen las mas vivas instancias en el Vaticano para que el papa reconozca el actual gobierno de España. Los ministros españoles no desean mas que una palabra, un signo del padre santo que pueda interpretarse como un reconocimiento. ¿Qué importa á D. Amadeo, qué importa á Sagasta ser reconocidos por el cautivo del Vaticano?»

«Llega siempre un día en que los gobiernos y los soberanos sienten que necesitan del papa. Así como al terminar la vida el hombre invoca naturalmente á Dios, así los gobiernos agonizantes se vuelven casi por instinto á la Roma pontificia y le piden auxilio.

«De esta repentina devocion de España á la santa sede, hemos tenido nosotros varias pruebas; la primera cuando bajo la fé de la *Nazione* de Florencia, hablamos de que el escudo pontificio habia sido arrancado del palacio de España. En otras circunstancias nuestro artículo hubiera pasado inadvertido; pero ahora, por la situacion de España, produjo mucho ruido y se nos vino á decir á nuestra redaccion: primero, que el marqués de Montemar era un ferviente

atólico y no deseaba estar en la nueva Roma; segundo, que el escudo pontificio había sido momentáneamente quitado para restaurar el palacio; tercero, que terminadas las obras sería colocado otra vez en su sitio.

»Admitimos de buen grado estas protestas, pero en el Vaticano están escritas estas palabras de San Juan: *Nolite omni spiritui credere, sed probate spiritus si ex Deo sint*. No creais á todo espíritu: probad si los espíritus son de Dios. ¡Y que el espíritu de Sagasta sea propio de Dios, merece confirmación!»

Segun costumbre el día 2 se entregó á su santidad la ofrenda de lujosas velas que hacen en tal día los generales de las órdenes religiosas. No hubo fiesta en la capilla Sixtina, celebrando Pío IX la misa en su capilla particular. Tampoco en las iglesias se desplegó la pompa de otros años anteriores á la invasion, ni osaron los vecinos iluminar las fachadas: solo alguna que otra se veía de los menos medrosos, entre ellos las casas de los príncipes Máximo y Torlonia. Los fieles llenaban sin embargo todos los templos.

El domingo 4 de febrero, mas de mil romanos, feligreses de la parroquia de san Agustín, fueron recibidos en audiencia por el padre santo en el salon del Consistorio. Pío IX se presentó en el salon á las once, siendo recibido con estas aclamaciones: ¡viva nuestro santísimo padre! viva nuestro pontífice-rey! siempre seremos vuestros, santísimo padre! Sentado su santidad en el trono, el párroco de san Agustín leyó en nombre de los asistentes un magnífico mensaje, al que siguieron bellas poesías recitadas por una señora y una niña.

El padre santo contestó con una enérgica alocucion que publica la *Voce della Verità*, y es la siguiente:

«Con vivísima satisfaccion he oido las palabras que me acabais de dirigir en nombre de toda la parroquia de san Agustín. Razon teneis para decir que la Iglesia sostiene un rudo combate, y que quien reniega de ella en los momentos presentes no merece ser llamado hijo suyo. Pero vosotros deseais oír mi palabra, la palabra del vicario de Jesucristo, y os la dirigiré. La palabra de Dios se reparte para bien de todos, y todos la necesitan.

»Como enseña la parábola de hoy, esta parábola es semilla arrojada sobre todos los cristianos, entre los buenos y los malos, entre los medianos y los peores, y á todos contesta el Señor con su eterno *non licet*. No; no es licito dar á otro lo que á El pertenece. No; no es licito ofender al Señor, á su Iglesia y á sus ministros. No; no es licito quebrantar la ley de Dios.

»Esto es dicho para todos, pero muy á menudo el grano cae en la plaza pública, es decir, en el espíritu de aquellos que desprecian á Dios y al que habla en su nombre, y estos son enemigos declarados y pertinaces de la fé. Ellos están, como Judas, poseidos del diablo. Para ellos la palabra de Dios queda infecunda, y con razon podrán decir: *Non effundas sermonem ubi non est auditus*. Lo único que podemos hacer por estos desdichados es pedir á Dios que los saque de su sueño de muerte.

»Para otros ese divino *non licet* cae entre espinas, y son aquellos que se han aprovechado de la hacienda de otro, aquellos que han arrancado á la Iglesia sus bienes, aquellos que oprimen á los pueblos con impuestos intolerables para hacer su negocio. De esos hombres hemos visto mas de uno que estaban en la mas profunda miseria, y que se pasean en magníficas carrozas y viven rodeados de riquezas. Poco aprovechará á estos la palabra de Dios, porque es sofocada por las injusticias y los crímenes. Ya lo dijo un pagano: *Quid non mortalia pectora cogit auri sacra fames?*

»La tercera clase es la de aquellas gentes, para las cuales la semilla cae en buena tierra, pero poco profunda; de suerte que echa algunas raices y crece un poco, pero no da fruto, porque le falta alimento. Estos son aquellos de quienes se ha escrito: *Video meliora proboque, deteriora sequor*. Hoy se entregan á Dios, pero mañana se mudan sus buenos propósitos en otros que de nuevo los arrastran hácia abajo. Siempre dudosos é indecisos, no tienen valor para abandonar su re-

baño, y volver al padre que les aguarda. Sin embargo, con estas las palabras no son inútiles, y debeis procurar constantemente traerles al bien, recordándoles los deberes que tienen para con Dios.

»En fin, hay una porcion de semilla que cae en buena tierra, y estos son los buenos, tan numerosos en Roma, que ponen sus cuidados en santificarse y santificar á los demás, especialmente por sus piadosas asociaciones que honran mucho nuestra ciudad. Y aun fuera de Roma, y sobre todo en nuestra Italia, hay hombres excelentes que rechazan en absoluto todo el presente orden de cosas. «Nosotros somos demasiado conservadores, dicen, para asociarnos á tal gobierno; nosotros somos demasiado católicos, para poder encaminar nuestros pasos á Roma.» Esto se llama hablar con claridad y despreciar los respetos humanos.

»Seguid estos nobles ejemplos, vosotros que representais aquí la buena tierra. Guardad con cuidadoso celo en vuestro corazon estos consejos, y pidamos juntos al Señor que aleje de esta ciudad esos maestros protestantes llegados para pervertirla, y tantos otros maestros de error y de iniquidad que manchan la capital del catolicismo.

»En tanto, de todo corazon os daré mi bendicion apostólica. Que descienda sobre todos vosotros, sobre vuestros hijos y vuestras familias. Que conserve siempre viva en vuestros corazones la palabra del Señor y que os guarde de ofender su santa fé.

»Que os conforte durante toda vuestra vida y sobre todo en aquella hora en que debeis poner vuestras almas en las manos de Dios, á fin de que podais repetir tranquilamente: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*. Que esta bendicion os mueva á alabar y bendecir á Dios por siempre, á fin de que yo y vosotros y Roma entera y todos los cristianos podamos entonar sus alabanzas en la eterna bienaventuranza.»

El mismo domingo recibió el papa una comision de las sociedades de obreros católicos de Alemania. Un sacerdote aleman dirigió al papa un discurso, en el que le manifestó su gratitud y la de los obreros alemanes por la proteccion y beneficios espirituales con que ha favorecido la institucion. El pontífice respondió con las mas cariñosas frases, alentando á los obreros á continuar por la senda del catolicismo.

A las once de la mañana del mismo día recibió el papa en audiencia particular á su alteza real el príncipe Pedro de Oldenburgo, y luego á la princesa Maria de Baden. El día anterior había recibido á la esposa (católica) del conde de Arnim actual embajador de Alemania en Paris.

Las palabras dichas por el padre santo, en respuesta al mensaje de los pueblos vecinos de Roma que le ofrecieron no há muchos días un grande y magnífico canastillo de flores y frutas, fueron sustancialmente las siguientes:

«Sí: yo estimo en extremo vuestra hermosa ofrenda, y como por las frutas se conoce el árbol que las produce, así yo en esta ofrenda conozco vuestro corazon y el corazon de los que os envían.

»La vista de este canastillo hace nacer en mi espíritu un pensamiento que os voy á comunicar. Si tanta variedad de frutas, procedentes de tierras y climas tan diversos, ofrecen tal union y armonía de colores y dibujos, vosotros que las presentais me ofreceis la misma union y armonía moral. Vuestra fé, vuestra caridad, vuestra sumision á la santa sede, son frutos agradables á los ojos del Señor.

»Sin embargo, así como es necesario preservar los frutos de la tierra de la podredumbre, separando los malos y alejando los insectos venenosos, así para guardar vuestra fé, vuestra caridad, vuestro amor, es menester que os guardéis del pestilente aliento de tantos malos cristianos, y arrojar tantos libros y periódicos que..... *é fructibus eorum cognoscetis eos*.

»Ahora, recibid la bendicion que voy á daros á vosotros que venís á pedirla, y á los que os envían.»

Antes de despedir á los individuos de la comision de los campesinos, su santidad dió á cada uno de ellos una medalla de plata con la efigie del príncipe de los apóstoles.

Escribe á la *Unitá* su corresponsal romano, que pronto se publicará una encíclica del papa sobre la instrucción pública, en la cual será condenado el afán de hacerla en todas partes laica y obligatoria, ó sea atea y tiránica, obligando á los ciudadanos á proteger la impiedad con perjuicio de su libertad y de su conciencia.

La actitud del conde de Bismark es cada vez mas hostil á los católicos. La *Agencia Havas* publica ahora un resumen de la sesion celebrada en 30 de enero en el parlamento alemán, en la cual se trató del presupuesto de cultos. Las palabras del canciller imperial merecen llamar la atencion, pues indican que está muy irritado contra los católicos y que el buen acuerdo y armonía de estos es un obstáculo á los planes que medita en daño de la Iglesia.

En una sesion del parlamento los Sres. Mallinckrodt y Windthorst, con motivo de la discusion del presupuesto, censuraron la supresion de la seccion católica del ministerio de cultos, supresion que, segun decian, viola el principio de igualdad de las religiones; á lo cual el ministro de cultos se limitó á responder que escuchará siempre las advertencias de los consejeros católicos que han quedado en el ministerio, añadiendo que dejará á la Iglesia católica todas sus libertades, pero que protegerá y defenderá los derechos del estado.

Estas palabras, cuando el estado no tiene peligro alguno de que la Iglesia invada sus atribuciones, son significativas; pero lo fueron mas todavía las pronunciadas por el conde Bismark, quien declaró que «la formacion de la fraccion-centro en el seno del parlamento era una grave falta, por cuanto tendia á la disolucion del estado dividido en diferentes religiones.» Las últimas elecciones y el lenguaje de la prensa revelan, segun el conde de Bismark, las aspiraciones de este partido, que es el partido católico, contra las cuales habló duramente el canciller confesando que le contrariaban mucho.

Con respecto á los motivos que tuvo el gobierno para suprimir la seccion católica del ministerio de cultos, el príncipe Bismark declaró que hacia ya cuatro años que habia aconsejado al rey esta determinacion. Un nuncio en Berlin es mejor que la seccion católica, al decir del canciller.

La prensa católica fué tambien objeto de severas censuras por parte del imperial ministro, quien empezó diciendo que todos los periódicos católicos afectan una actitud solidaria. La cosa, como se ve, no deja de ser vituperable. ¿Por ventura no es lógico, conveniente y necesario que toda la prensa católica tenga la misma actitud, puesto que defiende unos mismos intereses amenazados?

Pero la prensa católica alemana tiene otro delito á los ojos del canciller: segun él, podria llamarse «Liga de la prensa rhiniana galófila,» y su solidaridad se estiende hasta el extranjero, hasta Ginebra, «y mas allá todavía.»

¿Y qué hay de censurable en esta solidaridad? Cuando el conde de Bismark combate al catolicismo en Alemania, lastima á los fieles del mundo entero y viola los derechos de la Iglesia universal. No es mucho pues que los católicos de todas las naciones sostengan y alienten á los alemanes, porque la religion no conoce reinos ni fronteras.

En este sentido puede llamar galófilos á los católicos alemanes el soberbio canciller. Pero si quiere decir que son malos patricios, los calumnia: la sangre que han derramado abundantemente en los campos de batalla responde por ellos. Aman á su patria, pero no han de consentir que se atropelle su religion.

La reciente discusion que en el parlamento prusiano ha promovido el presupuesto de cultos, ha venido por boca del valiente diputado católico M. Windthorst á confirmar nuestros juicios por lo que hace á la situacion angustiosa en que los católicos viven en Prusia.

«En este pais, ha dicho el diputado á que nos referimos, se privará bien pronto á los católicos hasta del aire y del agua, únicas cosas que se les ha dejado todavía. Los católicos son diariamente calumniados por los órganos del gobierno, tales como *La Gaceta de la Alemania del Norte* y *La Nueva Gaceta hannoveriana*. La actitud del estado prusiano frente á

frente de la Iglesia católica, es el abandono completo de sus antiguas tradiciones.»

M. de Bismark ha intervenido en el debate, procurando demostrar con intencion aviesa que los católicos son enemigos de Prusia y amigos de Francia. «Dejemos, ha dicho al terminar, las disputas teológicas que no proceden mas que de una consigna gerárquica.»

En vista de esta situacion los católicos alemanes se disponen, segun se trasluce en algunos diarios extranjeros, á tomar una actitud resuelta que imponga el merecido respeto que su libertad reclama al gobierno impio del canciller Bismark.

Los periódicos extranjeros traen la dolorosa noticia del fallecimiento del padre Gratry ocurrido en Montroux. Habia nacido en Lille en 1806. Este sabio escritor, que con tanto celo ha combatido la filosofia irreligiosa de nuestro siglo y con tanta lealtad acababa de abjurar sus errores relativos á los decretos del Concilio del Vaticano, deja una memoria grata para todos los católicos que han sabido siempre apreciar sus altos talentos y sus ejemplares virtudes.

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

ARMONÍA DE LAS CLASES SOCIALES.

Por instinto, por necesidad, para realizar los altos fines á que está destinado, el hombre es un ser sociable: la sociabilidad es una condicion inherente á su naturaleza, y de esta idea madre nacen las de orden, de autoridad y de gerarquía. El orden es el movimiento racional y concertado de los seres que componen el conjunto social; la autoridad el vínculo que los mantiene unidos, semejante á la clave de un arco sin la cual no quedarian enlazadas y se disgregarian las piedras; la gerarquía es el punto de colocacion que á cada uno de aquellos corresponde para estar convenientemente relacionados unos con otros. Estas ideas, que explanó el Sr. Massanet en su primera conferencia como preliminares del tema que se habia propuesto desarrollar, tocadas muy de corrida sirvieron de introduccion á la segunda. Los publicistas, al hablar de las diferentes formas de gobierno y de los elementos componentes de la sociedad, suelen dividirla en tres principales grupos: la aristocracia que ocupa las gradas superiores de la escala social, la democracia que es el grupo mas numeroso, y el que entre los dos se halla colocado y conserva el nombre de *clase media*. «Pero como esta, dijo el orador, no es una cátedra de derecho político, y como la política aun en el sentido estricto de ciencia no cuadra muy bien con la índole de esta Asociacion que es puramente social y religiosa, y ya sabemos que á la política hay que dejarla no solo en la puerta de la calle sino en la calle misma, partiré de una clasificacion social mas propia, mas adecuada á mi intento.»

Las pasiones, que siendo connaturales al hombre, despues de su caida rompen tan facilmente el freno que debia contenerlas, son los agentes perturbadores del orden moral, y establecen una constante lucha entre el espíritu del bien y el espíritu opuesto.

Las vicisitudes de esta lucha imprimen á las sociedades tan diversos aspectos, como lo serian, segun la ingeniosa comparacion del orador, las que presentaria á cada vuelta de manubrio un globo de cristal lleno de bolas de diferentes colores. Entre las pasiones que mayores estragos producen en la humanidad figuran la codicia y la envidia, que procediendo del instinto de la propia conservacion, vienen á ser el abuso, la exageracion, el extravío de ese mismo instinto. Movido por esta fuerza, tan imprescindible como imperiosa y sin la cual pereceria á cada momento oprimido por el peso de sus necesidades, el hombre se ve fatalmente empujado á desear y adquirir lo que sostiene su existencia, lo que sirve para hacerla mas cómoda y agradable, y se esfuerza en destruir los obstáculos que encuentra en su camino. De aquí nace el creciente apego á los goces materiales, y la sensualidad que ofusca nuestra débil razon, hasta el punto de rechazar las escitaciones de la conciencia y volvernos refractarios á las puras fruiciones de los actos morales, de hacernos olvidar la sancion suprema que se ha de encontrar forzosamente mas allá del sepulcro, de trastornar en nuestra mente la nocion del bien, que en resúmen no es otra cosa mas que la conformidad de nuestras acciones con la voluntad de Dios, bien sumo, alfa y omega del órden moral. Así depravado el instinto de la propia conservacion, se transforma en desordenados apetitos que crean tendencias opuestas y establecen una tenaz y sorda lucha entre las clases sociales. Desentendiéndose el orador de la division ya mencionada, las considera únicamente bajo el aspecto de su inferioridad ó superioridad relativa, pues cada uno de los grupos similares es inferior ó superior á otros segun el punto de vista en que se le coloca. Para hacer una observacion provechosa, basta entresacar de la sociedad una seccion cualquiera y considerar de que manera funciona respecto á las demás que están con ella en mas próximo contacto: verémosla como empuja y forcejea para subir, como tiene puestos los ojos en la region superior, y cavila y se ingenia para instalarse en ella, no solo para compartir las conveniencias del sitio, sino para desalojar, si importa, á los primeros ocupantes; y al contrario resiste á los que están debajo, se opone á sus esfuerzos, no se fija en sus necesidades, y condena lo mismo que ella está practicando. Así la envidia y la codicia como fuertes resortes empujan de abajo arriba creando una tendencia invasora, al mismo tiempo que el instinto de la propia conservacion auxiliado de otras pasiones egoistas trata, siquiera sea con menor energía, de contener y paralizar aquellos esfuerzos creando una tendencia del todo opuesta.

¿Cuál es, pues, el bello ideal de las clases inferiores, cuál es el estímulo, el blanco, la razon de su tendencia invasora? la igualdad. Ah! la igualdad es un verdadero bello ideal, es una mera concepcion del entendimiento, creada no por la igualdad sino por la semejanza de las cosas. La igualdad en

el mundo real no existe. En toda sociedad humana, aunque no se componga mas que de dos individuos, como por ejemplo la conyugal, es preciso que exista una encarnacion del principio de autoridad, y por consiguiente la gerarquía que es la negacion de la igualdad. Y no es solamente bajo este aspecto que la igualdad no existe. Como si Dios en su inmensa sabiduría hubiese contemplado los estragos que habia de producir la agitacion de aquella idea, pudiera decirse que puso especial empeño é hizo un magnífico alarde de su omnipotencia negando la igualdad en todos los objetos de la creacion. Y sino ¿dónde encontrar dos objetos enteramente, completamente iguales? El orador se estendió en varias comparaciones, ejemplos y argumentos para demostrar la imposibilidad de encontrar una perfecta igualdad así en el mundo material como en el intelectual y moral, y que hasta la decantada igualdad ante la ley no es mas que una ficcion jurídica, una presuncion bienhechora para evitar mayores males y hacer menos dificultosa, menos arbitraria, menos expuesta á graves errores la accion de la justicia humana. Pues siendo esto así, ¿cómo los flamantes niveladores pretenden no solo encontrarla, sino como dioses realizarla é imponerla en el mundo social?

Las desigualdades físicas y morales que distinguen al individuo de sus semejantes, no pueden menos de diversificar sus aptitudes y condiciones para cumplir con la ley del trabajo á que nace condenado. Y siendo este múltiple de suyo, y produciendo resultados muy diferentes segun la combinacion de las circunstancias, es claro y evidente que nunca todos los hombres podrán disponer de iguales medios para ocurrir á las necesidades de su existencia, para poseer igual instruccion, para gozar de iguales comodidades, para adquirir igual consideracion en la sociedad. No, no puede ni podrá nunca perfeccionarla el raserio que sobre ella levanten los niveladores, si sobre ella cayese la magullaria, la aplastaria, la destruiria. El hecho fundamental de la desigualdad humana, y el trabajo que es el hecho fundamental de la propiedad, han establecido el órden gerárquico, no como un pacto convencional, sino como una ley indestructible fuudada en la misma naturaleza. Los grupos similares se encuentran diversamente escalonados: los inferiores tienden naturalmente á subir, y los superiores tambien naturalmente se resisten á ceder y aun á compartir el puesto que ocupan. De aquí una lucha, que exacerban la sensualidad, la codicia y la envidia. Para moderarla, para conservar la paz y armonía entre las clases sociales, es preciso acudir á las santas doctrinas del catolicismo y no olvidar aquella máxima de Jesucristo: *Querite primum regnum Dei, et hæc omnia adjicientur vobis.*

El discurso de esta noche está encomendado al Pro. D. Miguel Coll.